

NUESTRO CAMINO JUNTO A IGNACIO

Benito Baranda
Lorena Cornejo

Breve biografía

Nacimos en 1959, Lorena en Ecuador y Benito en Chile, tuvimos el regalo de crecer dentro de familias cristianas, con numerosos hermanos (4 Lorena y 9 Benito), y de formarnos en ellas con el apoyo de la educación heredada de la Compañía de Jesús (Colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón y Colegio San Ignacio de los padres jesuitas, ambos en Chile). Participamos activamente en las Comunidades de Vida Cristiana (CVX) desde nuestra época de estudiantes de psicología en la Universidad Católica (1977), donde nos conocimos y nos llegamos a querer profundamente. Aprendimos allí, con la experiencia de los Ejercicios Espirituales, a vincular estrechamente la fe en Jesús, la búsqueda de la justicia y el amor, a nuestras vidas. Hicimos un camino de formación profesional para servir con excelencia a los más excluidos, nos casamos y cambiamos nuestro estilo de vida para acercarlo a quienes viven en esa condición, trabajamos junto a ellos en la calle y en poblaciones marginales, dentro del Hogar de Cristo. Hoy vivimos en una comuna popular de la periferia de Santiago (La Pintana) estamos felices con nuestros seis hijos adoptados, seguimos en el Hogar de Cristo y participación en CVX.

Exclusión social y Hogar de Cristo

El estrecho vínculo con la Compañía de Jesús lo hemos mantenido gracias a un “modo de proceder” cotidiano que ordena y alimenta nuestra vida que se sostiene en la participación de la CVX y al ser parte de una obra de “caridad

NUESTRO CAMINO JUNTO A IGNACIO

y justicia” que es el Hogar de Cristo. Nos sentimos tempranamente invitados por el Señor a servir a la causa de la justicia junto a quienes son violentados e injustamente tratados al interior de nuestra sociedad, por ese motivo nos acercamos al Hogar de Cristo, trabajando junto a niños y niñas cuyos derechos habían sido vulnerados en sus propias familias, y luego –ya casados- instalándonos a vivir en una hospedería de niños y niñas en situación de calle en Santiago de Chile. Contamos con la estrecha ayuda de los miembros de la CVX en cada una de estas tareas y con el apoyo de los Ejercicios Espirituales que nutrían nuestro actuar cotidiano y que nos permitieron unir definitivamente fe y vida, fe y justicia, contemplación y acción, y nuestras propias personas con la misión que se nos ha encomendado de parte del Señor. La vida nos cambió radicalmente conviviendo diariamente con estos niñ@s marginados, excluidos y en algunos casos explotados, nuestra fe logró una raíz fundamental en la vida y la mirada de la realidad se transformó.

Desde el Hogar de Cristo buscamos construir una sociedad chilena más justa, haciendo una invitación a la solidaridad primero entre quienes viven hoy en exclusión social, y luego de aquellos no excluidos hacia quienes hoy sufren esa condición. Acerca de lo primero, trabajamos por construir puentes entre las mismas personas, familias y comunidades que viven marginadas, para que ellos reconozcan sus riquezas y valores, se unan y luchen por el respeto de sus derechos, buscando salidas humanas y colectivas a su condición de marginalidad, y contrarrestando la tendencia al aislamiento y soledad que se privilegia en la sociedad contemporánea. Esto es lo que hicimos desde la Hospedería de niños (1984) y lo que hemos buscado realizar específicamente en la población El Castillo de La Pintana, con las familias para las cuales trabajamos.

Ha sido importante, como lo aprendimos de San Ignacio y en sus Ejercicios Espirituales, salir de las fronteras de la Compañía de Jesús y contribuir en otros ámbitos en esta misión de extender la acción por la justicia que emana del Evangelio. Por este motivo Lorena ha destinado tiempo a acompañar alumnos de la universidad para que “aprendan” a vincularse en condiciones de igualdad y de reconocimiento de la dignidad, con aquellos que sufren pobreza y exclusión, y sigue colaborando con personas y familias que vivían marginadas y que han crecido descubriéndose a sí mismas, a Dios y a los demás, creando comunidad. Para Benito, la tarea se ha extendido a la colaboración con la política social del Estado en distintos ámbitos, a la creación de fundaciones y ONGs que se involucren en acciones

específicas por la justicia para con los más pobres, y al provocar en la comunidad nacional un sentimiento y una convicción de la urgencia de la justicia, vinculando personas especialmente jóvenes en esta tarea.

Lugar importante ocupa nuestra propia familia, al no poder tener hijos biológicos decidimos adoptarlos para formarla, cada uno de ellos ha cambiado nuestra propia vida y al interior del hogar ha puesto como tarea permanente la donación gratuita de nosotros mismos, el entregarnos a ellos y ellas, el acompañarlos en su crecimiento, el enfrentar los grandes cuestionamientos de la vida y la fe, y en definitiva el efectivamente constituir una comunidad de vida centrada en el Señor por intermedio del amor. Los pasos que fuimos dando para hacerla crecer, fueron fruto de un discernimiento continuo, de un ponernos delante del Señor como matrimonio y familia, para escucharlo. La llegada de Manuel, nuestro primer hijo, nos abrió a un mundo grande de servicio, y este se fue profundizando luego con Constanza, Ignacio, Antonia, Santiago y Magdalena, esta última hija nos ha hecho crecer y “ver y escuchar” cosas diferentes, ya que es multidiscapitada. La CVX ha representado un espacio fundamental en este caminar familiar, nos ayudamos mutuamente, hacemos un discernimiento comunitario y convivimos aprendiendo humildemente unos de otros en esta senda ignaciana. También para nuestros hijos, el que trabajemos junto a los más pobres significa un diálogo permanente acerca de sus vidas, ellos nos acompañan con mucha naturalidad y agrado a múltiples actividades junto a estas comunidades, y el Hogar de Cristo – incluida la figura de su fundador el Padre Alberto Hurtado- son parte de la vida hogareña, no está disociado de nuestra vida familiar ni representa una amenaza a ella.

Experiencias de “servicio de la Fe y lucha por la Justicia”

Al casarnos (1982) efectuamos un discernimiento en común para “escuchar y ver” donde nos quería el Señor, se nos presentó con una gran claridad y consolación el cambiarnos de barrio, dejar de vivir en la zona económicamente rica de la ciudad de Santiago –donde nos criamos y educamos junto a nuestros padres y hermanos- para trasladarnos a una barrio más sencillo, a una pequeña casa con vecinos económicamente pobres. Al paso de los años se nos manifestó con una contundencia impresionante el que Dios nos quería allí para algo más, cerca de nuestra

NUESTRO CAMINO JUNTO A IGNACIO

casa se abrió la hospedería de niños del Hogar de Cristo (1984) y nuestro espíritu se conmocionó al vernos llamados a encargarnos de ella, instalándonos en un pequeño cuarto –desprendiéndonos de bienes materiales- y recibiendo el apoyo de nuestra CVX... los caminos del Señor se vieron con claridad, primero nos acercó al barrio y luego nos ofreció un magnífico regalo: servir a los niños en situación de calle viviendo junto a ellos. La fe se hizo realidad en la lucha sin tregua para con estos niños, su situación de abandono, la violencia de la calle, las amistades y compañías, sus propias formas de protegerse y ayudarse, el estrecho vínculo que generamos con algunos de ellos, nos llevaron a modificar radicalmente nuestra propia percepción de la realidad, de la justicia social, de la vida de fe y a profundizar la oración contemplativa.

Años más tarde, luego de estudiar un tiempo fuera de Chile, regresamos a trabajar y a vivir a una comuna de Santiago, fuertemente golpeada por la injusticia y la exclusión social, esta es La Pintana. Específicamente –gracias al Hogar de Cristo- nos instalamos a trabajar en la población El Castillo (40.000 habitantes), originada por las violentas erradicaciones de familias que vivían en campamentos en otras comunas de Santiago, y de donde provenían los niños más abandonados que nos había tocado conocer en la hospedería. Fue fruto de un discernimiento el quedarnos allí, además el poder formar también una CVX junto a otras familias para recibir la vida comunitaria que nos permita sostener la opción laboral en medio de la marginalidad. Las consolaciones y desolaciones se vivieron allí a diario, junto al surgir vida nueva, sin violencia familiar y dejando atrás la adicción a drogas, se nos presentaron suicidios de jóvenes amigos, maltratos al interior de la familia que causaron daños que aun perduran, y atropellos a la dignidad de las personas por parte de autoridades civiles, militares, y por quienes los contrataban con salarios de hambre y en pésimas condiciones laborales. Ha sido una vida fuerte, rápida y profunda en estos barrios, con familias amigas de las que aprendemos a diario junto a nuestros hijos, con momentos de sentimientos de intensa presencia del Señor y con otros donde hemos sentido su ausencia, a pesar de creer en su permanente estar allí.

Desde hace algún tiempo (1998), por otras actividades, nos ha tocado vincularnos con personas y familias de Haití, contribuyendo allí con jóvenes profesionales chilenos que van a colaborar voluntariamente en

diferentes acciones por la justicia, en el proyecto llamado América Solidaria. Las experiencias de gozo, comunidad y compañía, se entrelazan con aquellas de violencia, abandono y marginalidad, muchas veces no hemos preguntado ¿qué ha pasado Señor?, experimentando grandes desolaciones y profundas consolaciones. Se nos a hecho un imperativo el estar allí, cuando el mundo de los países ricos declaró económicamente inviable a Haití, con mayor razón dijimos –por nuestra formación fundada en los Ejercicios Espirituales y vivida en la CVX- es donde debemos colaborar, sabemos que no hay riquezas materiales –ni petróleo, ni oro...-, y no es un lugar militarmente estratégico, por lo tanto vivirá abandonado; es en esos lugares donde el Señor nos quiere, es más allá de nuestras fronteras donde estamos llamados a anunciar que hay vida en abundancia en medio de la exclusión y del aparente fracaso.

Discernir, permanecer en vida comunitaria (CVX) y no abandonar los Ejercicios Espirituales, manteniendo una activa vida de Iglesia, nos permiten crecer espiritualmente desde la acción diaria por la justicia, son las mismas personas y comunidades excluidas con las que nos vinculamos las que nos transforman como personas, matrimonio y familia.